

DE VUELTA A CASA

Halloween siempre había sido mi noche favorita. Me encantaba salir a la calle a ver a esos niños con disfraces tan espeluznantes y máscaras tan dantescas. Sentir que la noche era eterna, y que la luna era el nuevo sol. Y, por encima de todo, poder ver a amigos a los que tanto añoraba.

Esta última noche fue realmente especial. Me habían invitado a la playa a hacer una hoguera como la que hacían los irlandeses. Saltamos sobre ella y danzamos a su alrededor, cantando canciones durante toda la noche. Fue un momento único, de libertad. Pues, ¿qué mejor libertad hay que la de estar con los seres que uno ama? Bebimos, reímos y nos enamoramos.

Pero las noches, desafortunadamente, nunca son eternas. Siempre tienen fin. El mundo se me cayó encima cuando vi los primeros rayos celestes sobre el horizonte del mar. Fue una despedida triste, pero también alegre, pues hacía años que no había disfrutado tanto de Halloween. La amargura vino al volver a casa, y ver en el jardín la tumba con mi nombre, que me recordaba el lugar al que pertenecía. Mis padres me esperaban en la puerta, con cara de pocos amigos, pues casi me había pasado de la hora. Pero no era mi culpa haber muerto con trece años. Un niño siempre quiere divertirse.